

- ¿Qué ocurre? preguntó el hombrecillo.
- Que me espanta la fecha.
- Sí, en cuanto á la fecha es un poco absurda; pero....
- Este pagaré, repuso el lacayo, se remonta á once años atrás.
- Ni más ni menos.
- Y no me causa admiración el que mi amo no lo recuerde.
- Ya veréis querido amigo, guardad el respeto debido á la historia antigua. Conque así no me preciséis á hacer venir á uno de los pasantes de M. Titoneo Désormaix en solicitud de la honra de que se deje ver á su excelencia.
- Es que hay un impedimento.
- ¿Cuál?
- Que mi amo está enfermo.
- ¿De peligro?
- Ayer recibió una herida, y su situación me inspira la inquietud más grande.
- Sois un servidor excelente, señor Champagne; pero á menos que M. de Artagnan no tenga una fiebre maligna, me veo precisado á insistir.
- Champagne comprendió que no valían de nada las excusas, y abrió la puerta que conducía á la recámara.

IV

Champagne despertó al teniente con los más grandes miramientos. Este no pudo menos de asombrarse de lo que ocurría, pues en veinte veces, diez y nueve tenían que trocarse los papeles, puesto que el amo era quien estaba precisado á despertar al criado.

- Y bien, señor caballero, cómo os encontráis?
- Muy bien, amigo mío.
- ¿El caballero no tiene nada de fiebre?
- No lo sé.
- Si el señor me permite....
- Y Champagne se apoderó del brazo de su amo y se puso á pulsarlo con la gravedad propia de un facultativo.
- Artagnan sonrió y sin poderlo impedir, no pudo disimular un movimiento de impaciencia cuando Champagne empezó á retirar con infinitas precauciones, las vendas, trapos y compresas que envolvían por completo su mano derecha.
- ¡Dios sea loado! exclamó el cuidadoso Champagne con la satisfacción más viva, descubriendo un arañazo cerrado ya admirablemente.
- Y bien, Champagne, ya veis que esto no es nada.
- ¡Ah, señor! pero todavía se necesita mucha prudencia y esmeradas atenciones.... Se han visto heridas muy insignificantes en apariencia, tomar después unos síntomas espantosos!....
- Artagnan agitó su mano ó hizo jugar sus dedos hasta hacerlos sonar, lo cual arrancó un grito de espanto al buen Champagne.
- Dejadme dormir, Champagne, eso será mejor.
- Pero es el caso que ahí está un individuo que insiste en veros. Un joven pasante de procurado.
- Ah diablo, hazle entrar.... mal negocio....
- Sí, señor, pero no extendáis tanto el brazo, es lo suplico.
- Dejadme, no me impacientéis con vuestros ridículos cuidados.
- ¿Pero tenéis ánimo de pagar el documento que trae?

—Champagne, os encuentro bastante curioso, amigo mío, atended vuestro negocio si gustáis.

—Es que no estamos en fondos, señor.

—Champagne, ¿quedó entregada ya la carta para Quincampoix?

Pues bien, tengo para mí, que podré probaros suficientemente que la Serenísima República de Venecia tiene su utilidad, y que los senadores venecianos, por ejemplo, son siempre personas precavidas, sobre todo cuando tienen la bolsa muy repleta.

—Señor...

—Haced entrar á ese joven y callad.

Pocos minutos después entraba en la recámara el joven pasante.

Artagnan seguía en la cama y se frotaba los ojos perezosamente. Las cortinas de la ventana no se habían corrido, lo cual indicaba que el oficial pretendía continuar su sueño después que se retirara la visita.

El joven se aproximó á la alcoba y tendió su papel con un saludo que no carecía de cierta elegancia.

—Señor, dijo, este es, como tuve el honor de decirlo ayer al buhonero de abajo, el pagaré firmado por vos al señor de Montigré.

—Pardiez! respondió el caballero, vaya un documento que viene de bien lejos.

En efecto, llegó al estudio de maese Tifoneo Desormaux por el coche de Orleans, que lo recogió del de Poitiers. Sin embargo, como su fecha es bien atrasada, era poco probable que expusiera sus once años de vida para hacer este viaje.

El oficial procuró descubrir, por las facciones del recién llegado su carácter y sus ojos, acostumbrados á la obscuridad, consiguieron bastante, puesto que replicó:

—Amiguito, según comprendo sois muy amigo de la risa.

—Oh! y tanto!

—¿Y cómo va á ese querido Montigré?

—¿A M. de Montigré, señor?

—Sí, sí, pardiez. Este antiguo amigo de once años á quien no he visto más que una vez en mi vida, pero en circunstancias cuyo recuerdo me es bien caro. ¿Estará en París? En ese caso, podéis decirle que no pagaré su billete sino á él mismo, porque encuentro el procedimiento algo impolítico, y prefiero una visita suya.

—M. de Montigré ha muerto.

—¡Caramba! ¿qué decía? preguntó Artagnan dando un salto.

—Hará cosa de dos meses.

—¿Pero estáis seguro?

—Señor, maese Tifoneo Desormaux que tuvo parte en el negocio del testamento y demás por lo relativo á deudas y créditos de París y de la isla de Francia, recibió la noticia oficial con el billete que he tenido el honor de presentaros.

—¡Pobre, Montigré!... Sería preciso, en efecto, que hubiera fallecido para que este billete sobrenadara. Lo habíamos hechado en un profundo olvido acreedor y deudor, y os confesaré con franqueza que no contaba con este muerto aparecido, y que no deja de disgustarme un poco.

El hombrecillo permaneció impasible, y se guardó en la bolsa el documento.

—¡Ah! pero voy á pagaros, añadió con viveza el oficial que adivinó el movimiento del pasante y se ruborizó ligeramente. Merced á la obscuridad del cuarto,

pasó desapercibido para su interlocutor aquel cambio de color.

Artagnan se levantó, se puso una bata y fué á abrir una caja que estaba sobre una cómoda. Metió el brazo, y sacó de allí la bolsa de terciopelo rojo que se encontró en el traje del senador veneciano la noche del baile, y con la cual se había quedado sin el menor escrúpulo.

—Son dos mil libras, dijo el pasante acentuando sus palabras y frunciendo todas sus facciones.

—¡Oh! no lo he olvidado, recuerdo la cifra, no obstante el largo tiempo que ha trascurrido desde que mi mano la trazó.

El teniente contó suspirando ciento ochenta y un luises de oro de á once francos y añadió nueve libras de monedas pequeñas, poniendo el conjunto sobre la mesa que estaba en el centro de la cámara.

—Dignaos contar lo que os entrego, dijo.

El pasante alineó metódicamente los luises por docenas, según la usanza de entonces, y después de haber puesto el billete en manos del pagador, se embolsó el dinero, ó más bien, lo colocó en un saquillo que puso después en sus gregüescos debajo de su pañuelo.

Mientras esto pasaba, el teniente no dejaba de ver el documento.

—Decidme quién es el que compró esta deuda, preguntó; aquí hay una firma ilegible que descubre á un hombre misterioso.

—Señor, es un abogado del parlamento, que se llama M. Baranda.

—Y es el heredero de Montigré.

—Así lo entiendo, señor, pero si no lo es él, lo será su mujer.

—¡Mucho bien les hará por cierto! ¿Y la herencia era por ventura un regular bocado?

—No, que yo sepa. Según creo, M. de Montigré no ha dejado otra cosa que deudas.

—¡Ah! si es así, me alegra haber pagado; aunque por otra parte siento haber privado á aquel excelente amigo de sus dos mil libras. Tal vez tendría escaseces en sus últimos días.

—¿El caballero no desea otros informes?

—No, gracias . . . Pero sí, no sólo . . . Hasta hoy no he tenido necesidad de los servicios de un procurador; pero por si se me ofreciese algún día, decidme vuestro nombre si gustáis, seguro de que llegada la vez correré á ver á maese Désormaux, para que vos os encarguéis de mis asuntos.

—Mi nombre es Luis Vijé, para serviros, caballero. Pero entiendo que ese honor no me está reservado porque no haré huesos viejos en la casa de maese Désormaux.

—¡Ah!

—Ya estoy cansado de los procedimientos y de los legajos.

—Desearías abrazar otra carrera, ¿tal vez la de las armas?

—No, precisamente. Dejaré á Paris, para radicarme en Burdeos.

—¡Ciudad agradable, caramba! . . . Pero según voy advirtiéndolo sois gascón.

—Efectivamente, señor teniente, y advierto que vuestro acento es muy semejante al mío.

—¿Y qué vais á hacer á Burdeos?

—Ese M. Baranda, de quien os he hablado, está en via de ser nombrado consejero del parlamento, y marchará á desempeñar su cargo.

—¿Y eso qué tiene que hacer con vos?

—Cómo qué, qué soy su primo . . . por afinidad.

—¡Por las mujeres! ¡Oh amor! ya adivino, y aseguro que ese Baranda es casado.

—Sí, señor lo es.

—Pues bien, amiguito, ¡buena fortuna! dijo el teniente tendiendo la mano al pasante.

Luis Vijó la estrechó y salió de la recámara. Al pasar delante Champagne, que en aquel momento acababa de alistar las grandes botas de su amo, hizo sonar en sus gregüescos los luses de oro que le había producido su visita.

Champagne abrió la puerta exterior al joven, que desapareció bien pronto en la escalera, y la cerró suspirando.

—¡El señor pagando deudas antiguas! se dijo. A menos que su herida no haya trastornado su cerebro, no comprendo...

Y entró en el cuarto de Artagnan, á quien encontró vistiéndose sin cuidarse para nada de su herida. Iba á echarle en cara aquella locura, cuando llamaron de nuevo á la puerta exterior.

—Señor Champagne, dijo Artagnan, poniéndose las botas, id á abrir.

Champagne obedeció y al abrir no pudo menos que retroceder ante la sombría figura que apareció en lo alto de la escalera.

Era un hombre envuelto en una larga capa, y cuyo fieltro le cubría completamente los ojos.

—¿Está ahí tu amo?

—Pero.....

El desconocido avanzó y se levantó el sombrero.

—¡El señor de Besmaux! exclamó Champagne.

—¡Silencio! dijo el recién llegado cerrando prontamente la puerta.

Probablemente Artagnan oyó la exclamación del

criado, puesto que se dijo:

—¡Buono! el cardenal no está lejos.

Y apareció en el umbral de su cuarto abriendo los brazos.

—¡Besmaux!

—Yo en persona, mi querido Artagnan; respondió M de Besmaux echándose en los brazos del teniente.

—Pero, querido mío, venís á enrejaros en la jaula del lobo.

—¡Silencio! dijo Besmaux.

—¿Qué hay? preguntó el oficial.

—¿Estamos enteramente solos?

—Lo estaremos cuando Champagne haya descornado las cortinas que nos interceptan la luz.

—Artagnan, ¿estáis seguro de vuestros vecinos?

—No los tengo.

—Bueno.

Y el recién llegado, después de fijar la atención para ver si percibía algún ruido exterior que denunciara la presencia de algún espía ó de algún curioso, se sentó en el sillón que le indicó Artagnan que se asombraba más y más de las precauciones misteriosas de aquel antiguo amigo.

M. Besmaux, llamado más comunmente de Besmaux, y que poco á poco iba aumentando el nombre haciéndose Besmaux de Montlezum, pocos años antes no era más que un pobre diablo llegado del Bearn, casi al mismo tiempo que vino Artagnan, su compatriota.

Los dos entraron juntos en los guardias y después en los mosqueteros de M. de Treville, permaneciendo los dos siempre fieles á la causa del cardenal Mazarino hasta el licenciamiento de la compañía.

Si Artagnan prefirió una tenencia en los guardias por su parte Besmaux quedó muy particularmente uni-

do al cardenal haciéndose, podemos decir, un instrumento de éste, comparable con los antiguos valentones del mariscal d'Ancre.

Esta preferencia, inexplicable para algunos, puesto que Mazarino estaba desterrado, fué siempre bastante clara á los ojos de Artagnan.

Se explicaba así: Besmaux era ambicioso y amaba el dinero antes que todo.

El fino ministro nunca estuvo seguro de la fidelidad de aquel cuasi gentil hombre bearnés, y su desconfianza la probaba el que nunca le encargó ninguna de aquellas misiones delicadas que á menudo confiaba á Artagnan, el gran caballero, deseoso de la gloria y los honores, y respecto del cual nunca abrigó la menor duda sobre su fidelidad.

No obstante que aquellas naturalezas fuesen diametralmente opuestas, y que no profesase á su compatriota un cariño entrañable, Artagnan no dejaba por eso de tenerle un afecto sincero. Así queda explicada suficientemente la exclamación que se le escapó al verlo.

Sabia que aquel antiguo amigo de su juventud había acompañado á Mazarino á su destierro y como se había publicado la lista de las personas adictas al cardenal, alguna inquietud se apoderó de su corazón al verlo.

—Vaya, amigo mío, añadió, qué imprudente sois!

—¿Por qué?

—¡Pardiez! porque también os alcanza el destierro de cardenal.

—No, querido, yo no estoy desterrado. Si el cardenal está en Bouillon, y yo tuve el capricho de seguirlo, no por eso estoy condenado á vivir allí. Tengo certidumbre de que si ofreciera mi espada á M. de Condé, sería bien recibido entre sus tropas.

—¡Oh! en cuanto á eso, yo también tengo la misma

seguridad; ¿pero queréis que os diga una cosa, Besmaux?

—Decid cuanto queráis.

—¿No os enfadará mi franqueza?

—No.

—¿De veras? insistió Artagnan.

—¡Oh! según eso vais á batirme en brecha.

—Bien sabéis, continuó Artagnan, que tengo la buena ó mala costumbre, como queráis, de buscar siempre el por qué y el cómo de todas las cosas. Esto me ha sido muy útil toda la vida, y aparte de mi adolescencia en que necesariamente me dejé arrastrar por mis primeros impulsos, he reconocido que era el medio mejor para procurar no ser engañado. Se dice que siempre es bueno desconfiar de la primera idea que ocurra, aun cuando parezca excelente; pues bien, no creáis que de pronto dejé de cruzar por mi cabeza el pensamiento de seguir á M. Mazarino á Bouillon, y os confesaré que no sin pena decidí quedarme. Pero preciso es decirlo, Besmaux, he torturado mi imaginación por tres días á fin de descubrir el verdadero móvil de vuestra conducta, y por último me he fatigado en balde.

—¡Ah! ¡ah! grande y profundo diplomático!

—¿Diplomático yo?

—No soy yo quien lo dice, es el cardenal que os conoce bien.

—Vamos, me decía, Besmaux tiene economizadas algunas pistolas, es un muchacho arreglado y económico, á quien no pueden tentar las liberalidades de Su Eminencia, porque sólo Dios sabe si las prodigará. Por lo menos habría ganado ya Besmaux cuarenta mil libras si hubiera entrado al servicio del príncipe, continuando los honrosos tráfico que tenía con los guardias y mosqueteros, que eran en general, y sobre todo los mos-

queteros, antes de que se les suprimiera, muy inconstantes y les gusta cambiar de caballos como de ropa limpia. M. de Condé hizo últimamente una verdadera carnicería con los caballos, y los chalanos tuvieron ocasión de hacer un negocio magnífico.

Besmaux no pudo reprimir un suspiro que sorprendió su interlocutor.

—Ese querido Besmaux, continuó el teniente, simple gentil hombre agregado á la persona del primer ministro, hoy en desgracia, habria conseguido ser capitán de una compañía ó comprado á buena cuenta un regimiento. ¿Qué diablos ha ido á hacer pues á Bouillon.

—Es decir, Artagnan que no admitís la adhesión?

—[La adhesión! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Besmaux, dejadme reír con todas mis ganas, que bien vale la pena. Decidme qué bobalicón os acompañó al entrar en la vida, maestro mío? Vos adicto á Mazarino! Vaya, vaya, he aquí una cosa que no comprenderé nunca! Oh! Que tenga adictos á su bandera, está bien; esta es una cuestión de dignidad y de honor, mejor todavía, una cuestión de conciencia. Comprendo la adhesión á un rey, cuando es uno noble y tiene el corazón en su lugar. . . . Admito el apego á los intereses y al dinero! esta es una cuestión muy respetable por cierto, se trata de la vida, cosa bien agradable; pero adhesión á un hombre hasta la ceguera, eso, permitidme que os lo diga, es locura, es tontería!

—Artagnan, estáis muy severo.

—Los dos somos gascones, Besmaux, y os desafío á que me miréis sin reiros.

Besmaux no pudo menos que tender la mano á aquel antiguo amigo de veinte años.

—Oh! os conozco bien, Besmaux; cuando siendo pe-

queño se travesaba juntos, no puede haber engaño; se adivinan los instintos, se penetran los corazones! Pero dejadme alegrar por vuestra llegada, ¡caramba! un antiguo amigo! . . . y justamente el día en que he salido de una deuda vieja: sin duda que todo esto debe traerme la felicidad! . . .

—¿Qué sabéis pagar vuestras deudas, caballero? preguntó Besmaux con una profunda admiración.

—Por Dios que sí! Figuraos que hace más de diez años, al dejar el país, estaba, como bien lo sabéis, enchido de esperanzas, pero exhausto de dinero.

Un viejo gentil hombre, á quien nunca había visto, me prestó sobre mi palabra dos mil libras. No podía apeteecer más, verdad? Pobre M. de Montigné! Ha muerto sin que nunca pensara en cobrarle: pero su heredero, menos prudente, mandó exigirme esta mañana esa cantidad.

—Pero la deuda habia prescrito. Pasados diez años.

—Deudas como esas no prescriben nunca, querido Besmaux.

—Según eso, estabáis en fondos?

—Ante noche tuve un juego de los más afortunados en la casa del coadjutor y me quedaron algunas pistolas.

—¿Qué, vais á la casa del coadjutor?

—Soy del rey, y voy por todas partes.

—Pero los príncipes y el coadjutor están contra el rey.

—No, contra Mazarino; es preciso no confundir las cosas, diantre! Vos sí, Besmaux, que estáis contra el rey estando del lado de Mazarino, y me da miedo! Pero sois un hombre de adhesión y hacéis vuestro negocio.

—Eh! Artagnan! no se trata de lo que soy ni de lo que no soy. Queréis saber el objeto de mi visita?

—Vivamente.

—Sois bastante perspicaz para dejar de adivinar algo.

—Es igual, replicó Artagnan; pero deseo saber el motivo que os movió á hacerme esta visita.

—Queréis volver á lo de antes?

—No queréis creer, Besmaux, en mi amor á la ciencia?

—Bien! Soy adicto al cardenal por tal ó cual razón, esto es un negocio en el que sólo tenemos que intervenir yo y mi conciencia: bien sé que las gentes quisquillosas podrán argüir en contra mía, pero Julio Mazari- ni, y Besmeaux acentuó estas palabras que pronunció en italiano, es el único que podrá darme lo que quiero.

—Ah!... hizo el teniente, bien sabía que la adhesión de Besmaux era relativa! sólo los tontos meten la cabeza en una colmena por el placer de informarse si los insectos que la habitan son los que realmente fabrican la miel.

—No dudaréis que el cardenal aun tiene reservados buenos talegos provistos.

—Lo que no ignoro es que el cardenal es la Providencia misma, y tiene el oro á montones. Vos, mi querido Besmaux, siempre habéis profesado al dinero una estimación particular, y no es nada extraño que vayáis hacia el oro como el hierro al imán.

—¿Y vos, caballero?

—¿Yo?

—Juradme que no amáis el oro.

—Cuando lo encuentro en el suelo no sigo adelante; pero esto es tan raro!

—Si el cardenal tiene bastante...

—Y bien?

—Pues bien... id á él.

—Por el dinero! yo! Vamos, conozco desde hace mucho tiempo las larguezas de monseñor. ¡Doscientos ó trescientos escudos roñosos! gracias! En un santiamén quedaría tan medrado como antes.

—Vamos! entiendo lo que queréis.

—Vos, Besmaux?

—Sí; queréis ser capitán de las guardias.

—Ah! eso sí, lo confieso.

—Una compañía cuesta mucho, Artagnan!

—Desgraciadamente no soy rico como vos para obtenerla!

—Quedándoos en París, nunca ganaréis las cincuenta mil libras que por lo menos costaría este negocio.

—Pero quién os ha dicho que quiero comprarla?

—Vos mismo, puesto que la deseáis.

—Desear y comprar no es la misma cosa.

—Es que no es el príncipe quien os la dará nunca

—Lo pensáis?

—Y si por casualidad os la llega á dar, nada habréis conseguido, porque dudo que el rey confirme vuestro despacho.

—Debéis saber, amigo Besmaux, que no he hecho nada en el servicio de M. de Condé.

—Pensáis que el cardenal no lo sabe todo?

—Según eso, gasta su oro en establecer su policía.

—Ah! debo confesar que para eso es espléndido; no se para en nada.

—Me admiráis prodigiosamente, Besmaux.

—Mayor será vuestro asombro cuando os diga lo que me trae cerca de vós.

—Vamos, pronto, decidlo, que la ansiedad me pone en brásas.

—Dentro de ocho días á más tardar, seréis... capitán de las guardias.

Artagnan soltó una carcajada.

—¡Vaya que estáis de broma!

—No, por cierto, os digo la verdad.

—Sería extraño, porque no debéis ignorar, mi pobre amigo, que hace dos años que el cardenal me engaña podemos decir, con la promesa de una compañía, y para conseguirla he hecho cosas sobrehumanas.

—Sin embargo, parece que el cardenal os hace por fin justicia.

—Oh! es preciso ser cuerdo. El cardenal está desterrado, el parlamento y los príncipes triunfan, la corte se va á decidir á entrar á París, y por Dios que Su Eminencia no puede querer vender la piel del oso antes de haber alojado en el cráneo del animal una buena bala de plomo.

—No sabéis el motivo de que vuestra compañía haya permanecido en Ruel sin haberlo ordenado que significara á la corte?

—Porque según parece, no se tiene entera confianza en la gente que la compone.

—Podrá ser, pero los oficiales siempre ejercen influencia en la tropa y pueden responder de sus soldados.

—Claro está.

—¿Os quieren los vuestros?

—De ello me enorgullozco.

—Vuestro capitán ha sido llamado esta mañana por la reina á Bontoise.

—Y bien?

—No adiyináis para qué?

—Ayudadme, Besmeaux, que estoy en ayunas de todo eso.

—Si fuera para dejares una completa libertad de acción?

—Eso sería hábil, respondió Artagnan haciendo sonar su paladar con la lengua. Según eso, la corte desconfiaría de M. de Puyferrat.

—No he dicho tanto, pero sí aseguro que M. de Puyferrat no ha sabido conquistarse el cariño de sus soldados tanto como vos.

—¡Ah, ya! pero no creo que el cardenal pretenda batir el ejército entero de los príncipes únicamente con mi compañía.

—Es que la corte, fijaos bien, no he dicho el cardenal, exige una cosa fácil... fácil, digo, para un hombre como vos.

—¡Dale! ¡dale! ya estoy en ello, ya comprendo.....

—Sin embargo, cuando sepáis.....

—Caramba! no quiero saber nada. Entre saber y tener hay una diferencia enorme; estoy por lo segundo. Traedme mi despacho de capitán de los guardias, firmado por Su Majestad y entonces os escucharé cuanto queráis.

—Pues la cosa sería hecha, si.....

—Os repito que no digais nada.... Considerad que si yo no admitiera habríais divulgado un secreto inútilmente.

—El cardenal no quedará contento, caballero.

—Ah! ya confesais que se trata del cardenal?

Besmaux se mordió los labios.

—Cuidado, Besmaux, para luchar conmigo se necesita ser más fuerte que yo. Adivino en vuestros rodeos que en Bouillon sólo está el cuerpo de Mazarino; pero que su alma no ha dejado de habitar el castillo que ocupa actualmente la reina; que no obstante la mayor

edad del rey, sigue siendo el regente del reino. Y quién sabe? Tal vez Su Eminencia en persona esté con la corte en Pontoise, en Saint Germain; ¿por qué no en París?

—Chancearse no es determinar, Artagnan.

—Pues bien, concluyé: Sois mi amigo, Besmaux, y estoy cierto de que os alegraría verme hecho capitán de los guardias; pero si queréis prestarme un servicio que sobré agradeceros, volved cerca del cardenal y decidle que no me habéis encontrado. Podeis añadir también que reflexionando profundamente sobre las proposiciones que venjais á hacerme, considerásteis de suma importancia traer á prevención el despacho del capitán que me prometía. El cardenal no me hará la injuria de dudar mi palabra y la convicción de que obedeceré sus órdenes, ó por mejor decir, las de la corte sin que obste ello el que me las dé á cara descubierta: tiene mil motivos para pensar así.

—Pero lo que me proponéis es grave.

—¿Por qué? yo lo encuentro bien simple por cierto. No he dormido en mi casa porque pasé la noche en el garito donde ordinariamente juego, y nada más natural que no encontrarme. Este es uno de esos accidentes que en la vida se repiten con frecuencia.

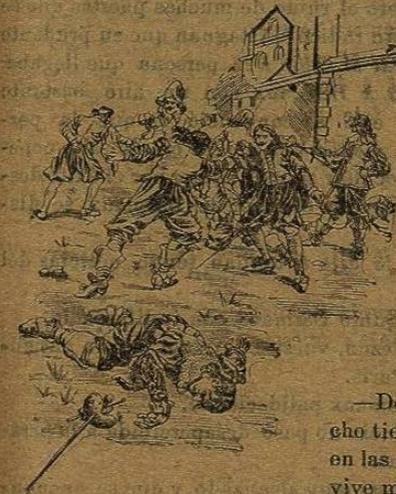
—Pensad, Artagnan, en que el rey no verá con buenos ojos vuestro modo de obrar. El que no está con él, está en su contra.

—¡Pero, pardiez, si yo estoy con él! No lo he probado suficientemente en el combate de San Antonio? ¡Ah! Tal vez sea yo más útil á su Majestad viniendo de París, que si estuviera á su lado en Pontoise. Aquí puedo formarle un partido. Los vecinos están aburridos ya de la anarquía, de la que saben aprovecharse los españoles ó algunos intrigantes de nacimiento elevado.

—Ayer, apenas entré á París, eosade las cuatro de la tarde, y en la noche jugué en la casa del coadjutor.

—Allí se juega siempre.

—Es verdad, como en una taberna, más sin embargo, no es poco conseguir . . . Además, tengo mis razones para alejarme un poco de Pontoise.



—Pero, amigo Artagnan, si nunca habéis sido partidario de la inacción; y cuando protegisteis la primera salida del rey para Saint-Germain, después de la prisión de Brousel....

—De eso hace ya mucho tiempo, Besmaux, y en las guerras civiles se vive más pronto que en una vida ordinaria. Quien

vive agranda Conque así, no me habéis visto,

—No puedo engañar al cardenal hasta ese punto.

—Al contrario, amigo mío, esto os emharazará menos. Suponed que le referis nuestra entrevista tal como ha pasado. El cardenal dirá que el mal éxito es debido á vuestra torpeza á vuestra impotencia; mientras en nuestra hipótesis, siempre conservais el derecho

de volver á la carga y la esperanza de triunfar de mi resistencia.

—¿Con qué decididamente no queréis escucharme?

—Punto en boca! tal es mi resoluci'ón.

—Tanto peor para vos, dijo Besmaux levantándose.

En ese momento Artagnan oyó llamar á la puerta é hizo seña al mazarinó para que guardara silencio. Champagne pronunció algunas palabras que no llegaron hasta ellos; pero el ruido de muchas puertas que se abrían y se cerraban indicó á Artagnan que su prudente criado hacia entrar al salón á la persona que llegaba.

Artagnan miró á Besmaux con un aire bastante significativo, y éste se convenció de que la persona que venía á visitar á su amigo era de alto copete. Sin procurar ocultar su mal humor por el éxito desgraciado de su empresa, el señor de Besmaux se disponía á salir.

—A propósito, le dijo Artagnan, tengo noticias del Beard.

—¿Cuáles? preguntó Besmaux con indiferencia.

—M. de Montlezun, vuestro pariente, según entiendo, se dirige á París.

—¡Ahl hizo Besmaux palideciendo.

Esta circunstancia no pasó desapercibida á la perspicacia del teniente.

—Se dice que está muy alcanzado y que se encuentra sin recursos para sostener á su numerosa familia, por lo cual se ha decidido á ir á la corte para pretender algún cargo.

—Esto no dejará de enredarme algo; pero respecto á su familia, ésta se reduce á un hijo único,

—¡Ahl ¿conque sois pariente?

—Quién lo duda, replicó Besmaux?

—Por cierto que no seré yo.

—Adiós, Artagnan.

—Conque está convenido, ¿no es verdad? No me habéis encontrado.

—Sea. ¿Dónde volveremos á vernos?

—Todas las mañanas hasta las nueve, es lo más seguro. Pero venid cuando queráis, y aun cuando no está, Champagne sabrá dónde me hallo.

—Corriente.

—Pero nada de subterfugios, amigo mio.

—Estad tranquilo.

Besmaux se envolvió en su capa y bajó la escalera, no sin asegurarse antes de que estaba enteramente libre.

—Estaba seguro, pensaba el caballero, de que hablándole de los Montlezon, ya no se opondría á nada. Pero por último, qué ha venido á proponerme... Tendría gracia que lo supiera por la persona que me aguarda en el salón... porque es un hombre, no hay duda... sus botas han resonado en el piso... ¡Ah señor Mazarino, queréis convertirme en mercader!... Todavía valgo alguna cosa... ¡Caramba... cuánto pesaré... en oro?

V

Artagnan cerró la puerta luego que hubo salido Besmaux, y se volvió hacia Champagne que en aquel momento llevaba una cesta grande.

—Si no me engaño, amigo Champagne, te dispones á ir á hacer tus provisiones.

—Precisamente, señor, pero...

—Pero qué, preguntó el caballero entrando en su cá-